
3 El rostro de Cristo en su humanidad

“Y el Verbo se hizo carne” (Jn 1,14)

Objetivo

Descubrir que, en su humanidad, Cristo nos ha abierto el camino al Padre y nos ha mostrado el entrañable amor de Dios.

Introducción

En la basílica de la Anunciación de Nazaret, recibe a los peregrinos el gozoso anuncio del evangelio de S. Juan que encierra el núcleo central del cristianismo: *Verbum caro factum est*, el Verbo se hizo carne. El Verbo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, la Palabra que existía desde el principio junto a Dios, mediante la cual, todo fue hecho, “se hizo carne y acampó entre nosotros”. Habiendo esperado durante siglos un salvador, nadie jamás pudo imaginarse que ese salvador fuera a ser Dios encarnado. De hecho, el adjetivo encarnado nunca habría podido calificar al sustantivo Dios. La carne y Dios pertenecían a naturalezas distintas, imposibles de conjugar, hasta que Dios irrumpe con su poder y su sabiduría y hace trizas la lógica humana. Y envía a su único Hijo hecho hombre,

encarnado, al mundo, a rescatar a la humanidad.

Un misterio de tales dimensiones, al que solo podemos acceder por la fe, suscita en el alma que lo contempla, adoración y agradecimiento. Dios hecho hombre...Y sí, así fue. Realmente puso su tienda entre nosotros. Su tienda, es decir, su cuerpo de hombre que albergaba al mismo Dios, igual que, en los remotos tiempos del Éxodo, albergaba a Dios la Tienda del Encuentro. Un cuerpo de hombre como el nuestro. Jesús de Nazaret, Dios hecho hombre, contempló con sus ojos humanos las maravillas de la creación, escuchó las voces de sus padres y de sus amigos, acarició a los niños con sus manos, anduvo por los caminos de Judea y Galilea, pisó con sus pies la escalera que separa el Cenáculo del Huerto de los Olivos y que todavía hoy se conserva.

Pero la humanidad de todo hombre y, por tanto, la humanidad del Señor, va más allá de tener un cuerpo de carne y hueso. El Señor tuvo experiencias humanas salvo en el campo del pecado. Aprendió como los niños a hablar, a rezar, a trabajar observando y escuchando a José y a María. Experimentó los más variados sentimientos: júbilo, cuando vuelven exultantes sus discípulos de la misión; indignación, al ver ultrajada la casa de su Padre; tristeza profunda por la muerte del amigo; compasión, al ver a su pueblo como ovejas sin pastor... Su juicio, extraordinariamente lúcido, le permitía desenmascarar las intenciones torcidas de sus adversarios y la inquebrantable firmeza de su voluntad le hacía capaz de seguir al pie de la letra el querer del Padre.

La humanidad del Señor es, además, el camino por el que nos es posible descubrir el rostro de Dios.

Él también ha venido a eso: a mostrarnos al Padre. Sin Jesús, sin su predicación, seguiríamos teniendo la imagen de un Dios que se venga en los hijos de los pecados de los padres, celoso y castigador. Solo por Jesús, tenemos noticia de la misericordia, de la bondad, del amor apasionado de Dios por el hombre. Solo a través de Él podemos llegar a conocer al Padre: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9).

La humanidad de Jesús abarca toda la realidad del hombre. Pero si nos detuviéramos aquí, si Cristo solo hubiera tenido un cuerpo, si solo hubiera experimentado nuestras necesidades y nuestros sentimientos y nada más, la cosa no habría pasado de un “jugar a ser hombre”. Pero Jesucristo no quiso jugar, quiso ser humano con todas las consecuencias y por eso aceptó la muerte. Nada hay más paradójico que el hecho de que Dios se haga hombre y se encamine como cualquier hombre hacia la muerte. Jesús “salta desde la infinitud del tiempo, desde la plenitud de Dios a la mortalidad del hombre” (*Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, J.L. Martín Descalzo). Pero la muerte de Cristo tiene una razón muy clara: Él se entrega por nosotros. Con su muerte, Jesús nos ha redimido porque solo Dios podía combatir el pecado. Por eso vivió como nadie podía hacerlo la realidad de la culpa. A causa del pecado del hombre entró en el mundo la muerte, la destrucción, el vacío más absoluto, y allí se zambulló el hombre. Dios, que no quiso abandonarlo a su suerte, decidió seguirlo hasta allí, hasta el reino de la nada más negativa y absoluta para arrancarlo de sus garras. Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, ha sufrido la muerte por nosotros. La muerte física y muerte de cruz, con los dolores atroces que conlleva esa tortura, y la

muerte que representa esa bajada a la nada, al vacío, a la total ausencia de Dios, para regenerar toda esa podredumbre y orientarla hacia Dios, asumiéndola como propia, por puro amor al hombre y sufriendola en su carne con toda intensidad.

En Jesucristo, Dios ha librado victorioso la batalla contra el pecado y la muerte. “En un espíritu, un corazón y un cuerpo de hombre, Dios liquidó completamente el pecado. Esa fue la existencia de Jesús” (*El Señor*, R. Guardini).

Partiendo de la vida (ver)

1. Puedo compartir con el grupo aquella ocasión en la que contemplar alguna obra de arte que representaba al Señor me llevó a un momento de intimidad con Él y de mayor conocimiento de su Persona.

2. Mostrar con hechos de vida que el trato asiduo con Jesús en la oración me ha ido desvelando cómo es Dios Padre; por el contrario, hechos de vida en los que haya intentado llegar al Padre por mi cuenta y cómo he podido darme cuenta de que, el único camino que conduce a Dios es Cristo.

3. También puedo comentar con los compañeros del equipo esa vez en la que, contemplando algún misterio de la vida del Señor, me hice realmente consciente de su humanidad: sus sentidos, sus sentimientos, sus gustos, sus luchas, sus sufrimientos; y de que todo lo había asumido para nuestra salvación.

4. Otro hecho de vida que podría presentar es aquel momento en el que me di cuenta de que, después de la vida, la cruz y la resurrección de Jesús, la muerte ha dejado de ser una caída en el abismo para convertirse en una puerta a la eternidad con mi padre Dios.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- El prólogo del evangelio de san Juan nos enseña cómo el Verbo, que estaba junto a Dios desde el principio, se hizo carne (Jn 1,1-14). Jesús es, verdaderamente, Dios encarnado (Col 2,9-10).

- Mateo comienza su evangelio con una genealogía de Jesús, entroncándolo así en la historia (Mt 1-16). Jesús es concebido en el seno de la Virgen (Mt 1,18; Lc 1,26-38); nació en un lugar concreto, en Belén de Judea (Lc 2-6-7); sus padres cumplieron con Él cuanto estaba escrito en la ley (Lc 22-27); creció en una familia (Lc 2,39-40; 51-52).

- Jesucristo es imagen de Dios (Col 1,15; Heb 1,3).

- Jesús experimentó nuestras necesidades: tuvo hambre (Lc 4,2) y sed (Jn 4, 6-7); y nuestros sentimientos: compasión (Mt 9,36), dolor (Jn 11,33-36), impotencia (Mt 23,37), júbilo (Lc 10,21), y lucha interna (Mc 14,36).

B) Magisterio de la Iglesia

- El Verbo de Dios encarnado vive como hombre en una familia (AL 65-66); Jesucristo es inseparablemente Dios y hombre, Jesús de la historia y Cristo de la fe (RMi 6; LS 99), verdadero Dios y verdadero hombre (GS 22). En María, Dios se hizo carne (SpS 49), vivió en el tiempo y en la historia (CEC 423), trabajó y vivió como cualquier hombre (LS 98).

- Jesucristo nos muestra al Padre (RMi 5); la relación con Dios solo es posible a través de la comunión con Jesús (SpS 28; MV 8); Dios se ha dado una imagen en Jesús de Nazaret, Verbo encarnado (SpS 43). Jesucristo, rostro de la misericordia del padre (MV 1; VS 2).

- La humanidad de Jesús habla a los hombres (RH 8), y por ella, Dios reconcilia consigo al mundo (CEC 433); la carne del Señor se hace de nuevo visible en el necesitado (MV 15).

- Dios no abandonó al hombre en su pecado (MV 3) y solo Él podía liberarnos (CEC 431; RH 9), con una salvación más allá de toda expectativa (CEC 422). En Jesús, Dios nos dirige su Palabra eterna (LF 15).

Compromiso apostólico (actuar)

Proponemos para este tema, como compromiso de formación, leer alguna vida de Jesús. Naturalmente, hay muchas y de muchos estilos. Las que hemos consultado para componer este tema y que recomendamos encarecidamente son: *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, de J. L. Martín Descalzo; *Jesús de Nazaret*, de

J. Ratzinger/Benedicto XVI. También es muy recomendable la obra de Romano Guardini, *El Señor*, que no es propiamente una vida de Jesús, sino una recopilación de homilías sobre su Persona.

También podríamos asumir como compromiso, en nuestra oración diaria, aparcas nuestras peticiones y nuestra verborrea y dejar que el Señor nos guíe y nos muestre el camino hacia el Padre.

Otro compromiso podría consistir en rezar el rosario con lecturas que ilustren los momentos de la vida de Jesús que se contemplan.

Como compromiso de grupo, proponemos organizar una salida para ver alguna obra de arte que muestre a Jesús en su humanidad, por ejemplo al Museo del Prado a ver *El descendimiento*, de R. van der Weiden; o al Escorial, a ver, del mismo autor, *El Calvario*. Se trataría de hacer una visita contemplativa, dejando que a través del arte, podamos, al menos, intuir la grandeza del amor de Cristo, Dios y hombre, que se entrega por cada uno.